

La Grabiela

(Drama minúsculo)

(La escena en una casa de campo, rodeada por un corral).

Altagracia. — Ai viene Diego iy la cena que no quiere estar! Creo que la leña está verde. La habrá traído de ramas tiernas. (Se afana soplando a la lumbre donde humean los leños con humo molesto).

Diego. — (Entrando).

Cada vez que paso el puente,
siempre te encuentro lavando,
cada vez que paso el puente,
siempre te encuentro lavando,
lavandera de mi vida,
ya me estás enamorandoooo

Gracia. — ¿Tráis noticias de la niña?

Diego. — (Poniéndose serio). — Ningunas.

Gracia. — ¡Sea por Dios!

Diego. — ¿Y la cena?

Gracia. — Ya mero. (Pausa; después:) Tú crees que l'amo...

Diego. — L'amo siempre ha sido güeno con nosotros... En el ecuaro que todos los años siembro, allá en el cerro... (Se oyen voces y ruido fuera de la puerta de la casa). ¿Quién andará por aquí a estas horas?

Gracia. — Será Fermín, que hace lo menos tres días que no se aparece. (Tocan a la puerta). ¿Quién? ¿Quién es? Una voz de hombre. — Yo.

Gracia. — Es Fermín. Anda a abrirle. (Diego va hacia la puerta y desde allí le grita a Fermín):

Diego. — Pase, compadre.

Fermín. — (Llega cubierto de polvo y se queda parado en medio de la escena). Güenas noches, Ña Gracia.

Gracia. — Güenas noches, Fermín. ¡Qué milagro, nos has echao la tierra encima!

Fermín. — No, Ña Gracia, usted sabe que no. No más qui a veces pos no puede uno venir a verlos.

Gracia. — ¿Y qué hay de nuevo? ¿Qué te pasa? Dicen los del rancho que no te han visto y ora llegas lleno de tierra, mira no más ¡Jesús María!

Fermín. — Pos cosas de la vida, Ña Gracia (y se queda sin hablar dándole vueltas al sombrero).

Diego. — Pero siéntese, compadrito, a descansar.

Fermín. — Mil gracias compadrito. (Pausa: todos se quedan con la cabeza baja. Al fin, Fermín, comienza con muchos rodeos y deteniéndose a cada instante). Pos compadrito, yo venía a tráile noticias de la Grabiela... (Pausa: vivamente levantan la cara y se miran Diego y Gracia...) El sábado que

s'iba p'al pueblo, le di alcance cerca de la nopalera. Pos ya ustedes se afijurarán que la Grabiela y yo, ya de tiempo que nos damos di ala. A la mitad del camino, nos incontró el Niño Jelipe, que venía solo en el caballo tordillo y me dió l'incargo que le dijera al Tío Chema que l'amo Don Luis li hablaba. Yo, pos verdad güena, qui hubiera llevao l'incargo; pero me daba a mí que el Niño Jelipe li andaba haciendo la rueda a la Grabiela. Le dije que estaba güeno y me golví por la vereda. Al llegar a la nopalera, alcancé a ver que el Niño quería trepar a la Grabiela en la silla y que él se echaba pa la teja. Diosito me perdona, pero verdá güena, que me dieron ganas de matarlo. Atravesé la nopalera y el mogote p'alcanzarlos antes de que llegaran a la Estancia. Me trepé a la morera p'echarle un lazo al Niño Jelipe. Allí lo aguardé. La Grabiela venía queriendo bajarse de la silla y el caballo alborotao. El Niño Jelipe apenas podía sostener a la Grabiela, y el caballo que no se sosegaba. Eso me valió pa echarle la riata del pescuezo. El soltó a la Grabiela y alcanzó a meter el brazo. La Grabiela se dejó cair y el caballo tordillo se paró como cuando lo tenía el Tío Chema, esperando que lo montaran. El Niño Jelipe me dijo jijo de tantas y quería sacar la pistola; pero la derecha la tenía metida en el fudo y l'otra no li alcanzaba a desabrochar la funda. Li amarré la

riata en la morera y arranqué pal monte con la Grabiela, que venía llorando. Allá nos pasamos en la cueva del tigrillo tres días comiendo raiz-del-cerro y hucuares y una qui otra jicamita que nos jallamos, escarbando del otro lao del ojodeagüita que jalló el Pedrillo en la barranca. (Gracia se va acercando a Fermín, a medida que el interés de la narración va creciendo).

Gracia. — ¡Y el Niño Jelipe llegó hasta aquí el mismo sábado en la noche, pero no nos contó nada! Nosotros creíamos que él la tendría escondida y que se hacía presente p'hacerse l'innocente.

Fermín. — El sí ha de ber soltao del fudo y de puro coraje no ha di haber dicho nada hasta jallarnos y fregarnos.

Diego. — Pero ¿y la Grabiela? ¿dónde está?

Fermín. — Ai ta juera, esperando que yo le diga si puede entrar. La probe dice que la Ña Gracia estará atufada porque no había güelto. Pero, verdá güena de Dios, Ña Gracia, que no l'he tocao y hasta que el curita nos eche la bendición, con su licencia, y me la lleve pal otro lao del Riohondo, hasta topar con el Ranchito del Tío Chema. Yo le cuidaba los bueyes desde que era tataneco. Hora ya puedo con la yunta. El Niño Jelipe se va pal colegio de la ciudad, y l'amo Don Luis no sabe nada destas andancias. Con que usted dirá, Ña Gracia.

Gracia. — Yo la creiba perdida con el Niño Jelipe. Tú me la tráis güena y sana, pos llévatela, si ella se quiere ir, nomás dile que venga pa darle la bendición.

EDUARDO VILLASEÑOR

(El Mundo, México, D. F.)

Límite

Que todo luce y venza; que todo avance... Nada podrá llegar más lejos de su destino. Estamos corriendo hasta un instante. ¿Después? Después ya nada hará que continuemos avanzando.

Ese límite debe ser huerto y ser jardín; en él sembrar el trigo y cultivar la flor. Toda vida que adviene promesa es de jardín, y jardín es promesa de flor.

No se puede llegar más lejos. No se sabe llegar más lejos. Cuando volvamos otra vez, ese límite actual será el comienzo entonces y así siempre ha de ser...

Hasta que no volvamos por estos arenales, y seamos esencia o resplandor en los espacios infinitos donde tiene su asiento Dios.

AGUSTÍN ACOSTA.

(El Figaro, Habana).